

Ciao a la diabetes

Por Oscar Navascués, Zaragoza.

La vida es como una caja de bombones. Esta gran frase, que decía Tom Hanks en la famosa y oscarizada película “Forrest Gump”, supone para mí un significado llamémoslo, especial. Bueno... suponía. Les pongo en antecedentes. Hasta el 16 de febrero de 2010, yo era una persona de 46 años con diabetes tipo 2, hipercolesterolemia, hipertensión arterial y cierto grado de obesidad. Para los que no la conocen muy bien, la diabetes tipo dos es una enfermedad en la que, parece ser, las células de nuestro cuerpo no pueden utilizar la insulina de manera correcta o cuando el páncreas no puede producir suficiente insulina. La insulina permite que el azúcar en la sangre (también llamada glucosa) ingrese en las células del cuerpo para obtener energía. Cuando la insulina no puede cumplir con su función, las células no pueden obtener el azúcar que necesitan, y se acumula demasiada azúcar en la sangre. Con el tiempo, este exceso de azúcar presente en la



sangre puede dañar los ojos, el corazón, los vasos sanguíneos, los nervios y los riñones. Esta es la teoría.

En la práctica, a mí lo que de momento me acarrea era tener mucha sed, estaba continuamente bebiendo y me sentía más cansado de lo habitual. Eso sin olvidar de la medicación diaria y no poder comer la mitad de los alimentos.

No les voy a engañar, me gusta comer. Lo veo el placer de este siglo. El problema está en cómo lo hacía yo. Tengo un restaurante-asador en Zaragoza y llevo horarios muy dispares. Tan pronto comía a las doce del medio día como me pasaba todo el día “picando” una cosa de aquí otra de allá. Aquí es donde conocí al doctor Jorge Solano. Él es asiduo de mi restaurante y comenzamos la típica amistad, dueño/cliente. Un día, en el momento del café, hablando un poco de todo, salió el tema de mi enfermedad. Yo le expliqué cómo me sentía, las limitaciones que me acarrea, que en esta última etapa ya me era imposible controlarla y mi glucómetro parecía que se había vuelto loco. Sorprendido, descubrí que el doctor me estaba entendiendo perfectamente. Yo sabía que el estaba especializado en obesidades mórbidas y las reducciones esas de estómago. Es entonces cuando me explicó que existía una técnica derivada de este tipo de operaciones. Se llamaba cirugía metabólica.



“Oscar”, me dijo el doctor, “consiste en realizar un cortocircuito entre el duodeno y la parte superior del intestino delgado, reduciendo así el tiempo en el que el cuerpo absorbe las calorías de tu comida. En el duodeno está el origen de la señal metabólica que causa la resistencia a la insulina. En España aún se han realizado muy pocas, pero que si reúnes una serie de requisitos lo podemos intentar”. No tenía nada que perder, más que entrar en un quirófano.

Este doctor, aun sin conocerlo, me ha inspirado siempre mucha confianza y tranquilidad. Pues dicho y hecho. Me mandó a realizar una serie de pruebas. Nada del otro mundo. Análisis de sangre, placas y poco más. La cuestión era no tener más de 10 años con la enfermedad. Todo estaba a punto y listo para la operación. No me lo creía. Iba a dejar de ser diabético. Iba a empezar a poder comer un poco de todo. Iba a no cansarme como de costumbre. Iba a no pincharme. Iba a hacer tantas cosas...

Ya tenía fecha. El 16 de febrero de 2010 nacería con un cuerpo nuevo y una enfermedad menos. Desde el hospital también me dijeron que sabían que todo iba a salir fenomenal y que iban a notificar este hito a la prensa. Que si me importaba. Claro que no. Si esto sale bien, que lo aproveche el resto de la humanidad, les dije.



Ingresé a la 1 de la tarde. La operación la tenía programada para las 4. A las 3 y media vino el doctor Solano una última vez y estuvimos hablando de lo que me iba a hacer, de cómo iba a trascurrir todo, que la cirugía por laparoscópica (sin abrir) minimizaba todo hasta el extremo, e incluso nos contamos un par de chistes, como buenos aragoneses. Ya en el quirófano, mucha gente de verde y mucha expectación. Era un gran día para el hospital y sobre todo para mí.

Y me dormí... y al segundo me desperté.

“Oscar, ¡despierta! Oscar, ¿cómo estás?. Todo ha ido genial. ¡Se acabó! Oscar, ¡ya está hecho!” . Era el doctor quien me hablaba y aparecía un tanto borroso entre las luces del quirófano.

¿Qué tal ha ido, doctor?

“Perfecto. Ni cincuenta minutos ha durado. Hay que ser cautos, pero lo hemos conseguido, Oscar” .

El mismo día de la cirugía me hicieron las pruebas de glucosa y los parámetros ya eran normales. A los dos días estaba en mi casa...



Me llamaron de televisiones, de radios, aparecí en periódicos junto al doctor. Parece ser que fui de los primeros en someterme a este tratamiento. Incluso me hicieron pruebas en directo en platós de televisión para ver que mi glucosa era normal. A todos les decía lo mismo. Me ha cambiado la vida.

Ya han pasado ocho meses desde la operación y nueve desde que el doctor Solano me abrió un nuevo mundo de esperanza. Hago vida normal, he adelgazado (que buena falta me hacía), como casi de todo y no me canso...

A veces la vida te pone a una persona en el momento justo y en el sitio adecuado. El doctor Solano o Jorge como lo llamo sigue viniendo a comer. Seguimos contándonos chistes como aquel día en la habitación del hospital a media hora de operarme. Sé que a Jorge le ha cambiado también la vida, pero no tanto como a mí. Sale en los medios de comunicación y le viene mucha gente a que le hagan lo mismo. Me alegro. Siempre podré decir que fui el primero. Eso es lo que digo a toda la gente que me viene a ver a mi restaurante de Zaragoza o me llama por teléfono. No me importa. Siempre digo lo mismo. Me cambió la vida. Gracias, Jorge.

